



CAPÍTULO DE LAS ESTERAS

Homilía de Pentecostés

Asís, 8 de junio de 2025

San Francisco de Asís, en el primer borrador de la Regla de vida que escribió para los frailes, pedía a los ministros de la Orden que se reunieran al menos cada tres años en Capítulo, en la fiesta de Pentecostés y junto a la Iglesia de Santa María de la Porciúncula.

De este modo, quería que el órgano de animación más importante de la Orden, el Capítulo, se reuniera bajo la acción del Espíritu Santo y junto a María la Madre, madre de Jesús y madre nuestra, a quien san Francisco también llamó con el título “esposa del Espíritu Santo”.

Estimados hermanos y hermanas, celebramos hoy, llenos de alegría, la fiesta de Pentecostés, la celebración de la Venida del Espíritu Santo y lo hacemos justo en la casa de Santa María de los Ángeles.

Como sabemos, la liturgia de la Iglesia no es solo conmemoración, no es solo referencia a acontecimientos pasados, es participación viva en los misterios de nuestra salvación. Por tanto, a través de los sacramentos, a través de esta Eucaristía, se actualiza el acontecimiento en el que Dios Padre, en su Hijo muerto y resucitado por nosotros, nos colma de sus bendiciones y, por su medio, infunde en nuestros corazones el don que encierra en sí todos los dones de Dios, el Espíritu Santo.

Hermanos y hermanas, invoquemos hoy para toda la Iglesia, para el mundo entero, la efusión del Espíritu. Ese viento impetuoso del que habla el libro de los Hechos de los Apóstoles, viento que nos recuerda el soplo infundido por Dios en el hombre en el Paraíso para darle la vida, el viento fuertísimo que sopló en la noche de la salida de Egipto del pueblo de Dios, que dividió las aguas del Mar Rojo e hizo que los israelitas pasaran a pie de la esclavitud a la libertad. El viento fuerte que, en su visión, el profeta Ezequiel pudo reconocer como el Espíritu de Dios que devolvía la vida y la esperanza a un pueblo, a una humanidad sin esperanza representada en el montón de huesos secos. Por tanto, invoquemos para la Iglesia, sacramento universal de salvación, y para la humanidad entera, la fuerza creadora, liberadora y transformadora del Espíritu. Que el Espíritu derribe los muros del pecado y de la soberbia, sofoque la fuerza del odio, del egoísmo y de la mentira, para que la humanidad pueda alcanzar la paz en la reconciliación, la justicia y el amor.

Con razón Pentecostés marca, al mismo tiempo, la conclusión y la plenitud de la gran fiesta de la Pascua que iniciamos hace cincuenta días. La Pascua de Cristo se cumple hoy en la liturgia de Pentecostés porque era necesario que todo creyente participara en el misterio y resurrección del Hijo de Dios, que todo ser humano pudiera entrar en la experiencia de muerte al pecado y de nacimiento a la vida nueva de hijos de Dios, y eso solo lo hace posible el Espíritu Santo.

En esta Eucaristía estamos presentes 150 personas venidas de diversas partes del mundo, de diferentes culturas y que hablamos una gran variedad de idiomas. Somos frailes franciscanos,





CAPÍTULO DE LAS ESTERAS

pero también hay un buen número de religiosas y laicos, que caminan con nosotros, como colaboradores en la misión de llevar el Evangelio en los diversos países en que nos encontramos. Nos hemos reunido esta semana aquí cerca de la Porciúncula, durante estos días de la novena de Pentecostés, para escucharnos, dialogar y discernir en espíritu sinodal sobre nuestra vida y misión hoy, de manera que de verdad podamos ser signo profético para nuestro mundo.

A esta reunión le hemos querido llamar Capítulo de las Esteras, en recuerdo de los capítulos que, como lo he dicho anteriormente, San Francisco y sus hermanos celebraban periódicamente aquí, junto a la iglesia de Santa María de los Ángeles para dialogar y tomar decisiones sobre su vida y misión. A uno de estos capítulos se le conoce como el Capítulo de las estereras porque fue uno de los últimos que contó con la participación de todos los hermanos de la Orden, los cuales eran tantos, varios miles, que tuvieron que ser hospedados en chozas de estereras preparadas para ellos en torno a la pequeña iglesia de la Virgen.

Con esta celebración eucarística queremos agradecer a Dios todo lo bueno que nos ha dado durante estos días de encuentro en la oración, la escucha, el diálogo, el discernimiento y la convivencia gozosa. Como san Francisco escribió al final de su vida, hoy también nosotros podemos decir con alegría: el Señor me dio hermanos y el Señor me dio hermanas.

Cuentan los biógrafos que al final de sus capítulos, luego de tomar decisiones sobre el futuro de la Orden, la mayoría de los hermanos regresaban a sus provincias, pero también grupos de hermanos eran enviados a diversas partes del mundo, a diversos ámbitos culturales y religiosos a anunciar el Evangelio.

Hoy, desde este sagrado lugar, en el día de Pentecostés, somos invitados todos a renovar nuestra respuesta al Señor que nos envía en medio del mundo que es nuestro claustro, solía decir san Francisco. Así como la Virgen María abriéndose sin reservas al Espíritu Santo pudo engendrar y dar a luz al Salvador del mundo, también nosotros, rechazando las obras de la carne, es decir, el desorden egoísta del hombre del que habla la Carta a los Romanos, podamos mostrar al mundo el rostro de Cristo.

Por tanto, como Iglesia, renovemos hoy nuestro compromiso de anunciar las maravillas de Dios, como los Apóstoles en el día de Pentecostés. Vayamos a nuestras familias, a los ambientes de trabajo, de estudio, de esparcimiento, vayamos a nuestras comunidades. Especialmente estemos atentos a los más necesitados, a los que sufren, a los olvidados, a los que caen, que, como san Francisco podamos ser signos de esperanza y profecía de comunión y de paz.

El Espíritu del Señor nos acompañe.

¡Buena misión a todos!

Fr. Ignacio Ceja Jimenez, OFM

Vicario general

